

HENRY KAMEN



DEFENDIENDO
ESPAÑA

VERDADES Y LEYENDAS

DE NUESTRA HISTORIA


ESPASA

HENRY KAMEN

DEFENDIENDO ESPAÑA

Verdades y leyendas de nuestra historia



Primera edición: mayo de 2022

© Henry Kamen, 2022

© Alejandra Devoto por la traducción, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 6.379-2022

ISBN: 978-84-670-6486-5

Imágenes de interior: © Album; © Oronoz/Album; © Granger, NYC/Album;
© Heritage Images/Album/The Print Collector; © Erich Lessing/Album; © M. C./
Album.

Iconografía: Grupo Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

PRÓLOGO	15
1. NACIONES Y LEYENDAS	19
La defensa de una nación	19
La necesidad de crear leyendas	23
Nace una leyenda nacionalista	29
«La conspiración del mundo contra España»	33
2. DESCUBRIENDO ESPAÑA	39
De cómo Europa descubrió España	40
El contacto cotidiano entre los pueblos	45
Lo que pensaban los extranjeros de España	49
Italia como la gran defensora de España	51
España, «una cuerda de arena»	57
El pasado de España como inspiración para Europa ...	61
«Los mejores defensores de la Península»	63
El placer de la comida española fuera de España	65
3. CHOQUE DE MUNDOS	67
Siglos de contacto en el Atlántico	68
España llegó primero	69
España no estaba sola	72
¿España conquistó América?	75

Los españoles que defendieron la reputación de España	81
La despoblación de América	85
Los europeos que ayudaron a España a crear la nueva América	89
España, promotora, pero también enemiga de la esclavitud	91
De cómo el Nuevo Mundo ayudó a crear España	97
Los enemigos de España como defensores del Imperio	100
Las riquezas del mundo occidental	102
Defendiendo un sistema nuevo para el Imperio	105
4. LA GENTE DE LA NACIÓN	109
La expulsión de los judíos	110
Los frutos del exilio	112
Los judíos en el exilio: una prolongación de España ...	113
Defender la lengua y la cultura españolas	116
Un judío español en Europa	118
Los roles económicos en Europa occidental	122
¿Era judío Colón?	124
Juan Luis Vives y la añoranza de España	126
5. DEFENDIENDO EL IMPERIO	131
El «Imperio» de España	132
Un Imperio no basado en la conquista	135
Un Imperio basado en la colaboración	138
¿Dónde obtenía España sus fuerzas militares?	142
El papel de los italianos en el Imperio	145
La defensa del Imperio desde el punto de vista italiano	147
Campanella y la defensa del Imperio español	149
6. DEFENDIENDO LA MONARQUÍA	153
Defender a los monarcas reinantes en España	154

España contra la institución de la monarquía	155
El problema publicitario de Felipe II	159
7. EL PODER MARÍTIMO Y LEPANTO	171
El problema del Mediterráneo	172
España ingresa en el Mediterráneo	174
Del desastre a la victoria	179
Andrea Doria como defensor del poderío naval es- pañol	186
8. LAS LLAMAS DE LA INQUISICIÓN	189
¿Fue España un Estado perseguidor?	191
Lo que no hizo la Inquisición española	197
Las llamas legendarias del auto de fe	201
¿Quién inventó las leyendas sobre la Inquisición?	203
Los viajes de George Borrow	209
9. LOS DEFENSORES DEL IDIOMA	215
El triunfo de la lengua castellana	215
La difusión del castellano	216
El papel internacional del castellano	219
¿Era el castellano la lengua de España?	222
¿Era el castellano una lengua universal?	225
Los misioneros y el idioma	229
Carlos V y la lengua castellana	230
La idea de una lengua dominante	234
Felipe V en defensa de la lengua de Castilla	238
10. LOS TRES PRÍNCIPES Y FLANDES	241
Dos pueblos unidos por la tradición	242
Los «problemas» en los Países Bajos	245
El misterio de don Carlos	248
El coste de Flandes para España	250
Don Juan de Austria: la búsqueda de la paz	251
El general más exitoso de España en el siglo XVI	255
El lugar de Farnesio en la Historia	259

11. LA BATALLA DEL ATLÁNTICO	261
El nacimiento del poder marítimo atlántico	261
La amenaza de los piratas en el Atlántico	262
La batalla marítima	265
El final de la Armada Invencible	268
La debacle inglesa en Galicia	271
La expedición a Cádiz	273
Mantener el poderío naval en el Atlántico	277
Los piratas que defendieron España	280
Jamaica y el auge de la piratería en el Caribe	283
12. LOS PELIGROS DEL MAR PACÍFICO	293
La rivalidad con Portugal	294
El papel de España en el Pacífico	295
La singular historia del galeón de Manila	299
El papel de España en la exploración del Pacífico	302
13. LA RECONCILIACIÓN Y BREDÁ	311
Los comienzos del acercamiento	312
Los lazos culturales de España con los Países Bajos	315
El general más grande que tuvo España en todo el siglo	320
La paz de Breda	323
Hacia la paz en Europa	325
La amistad de España con los Países Bajos	327
Los protestantes holandeses defienden la España ca- tólica	332
14. LAS DINASTÍAS EN DEFENSA DE ESPAÑA	337
Gran Bretaña y Francia «defienden» España	338
Los franceses en defensa de España	340
De cómo Francia ayudó a España a defenderse	342
Los ingleses y su «defensa» de España	345
Un general inglés defiende la Corona española	350
La tragedia del asedio de Barcelona	353

15. AL-ÁNDALUS Y LA MEMORIA HISTÓRICA	359
Defender la memoria de al-Ándalus	360
El redescubrimiento de la Alhambra	366
Richard Ford y el pasado islámico	368
El orientalismo y la herencia musulmana	369
Washington Irving, el «hijo de la Alhambra»	374
16. LOS INGLESES, EL ENEMIGO NATURAL	377
Inglaterra y España, en la guerra y en la paz	378
La propaganda contra España de los españoles en In- glaterra	385
La pérfida Albión	388
Los exiliados españoles que se establecieron en In- glaterra	390
Blanco White en defensa de una nueva España	394
17. LA CONEXIÓN FRANCESA	401
De qué modo los franceses desarrollaron el gusto por la cultura española	402
La «antipatía» entre españoles y franceses	404
Francia y la modernización de España	408
La defensa de la cultura española	411
18. DON QUIJOTE Y LA DEFENSA DE ESPAÑA	415
La leyenda constante del fracaso	415
El éxito como una historia de lamentación	419
Defender España del fracaso	421
BIBLIOGRAFÍA	425
ÍNDICE ONOMÁSTICO	439

1

NACIONES Y LEYENDAS

La Historia es como cosa sagrada; porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad está Dios, en cuanto a verdad; pero, no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos.

Quijote, II, 3

No se nos ha hablado sino de nuestra leyenda negra, y hablando de ella hemos ido ennegreciéndola más aún y obstinándonos en no ver nuestras faltas.

MIGUEL DE UNAMUNO (1918)

LA DEFENSA DE UNA NACIÓN

Desde la época del Imperio romano, España formó parte de Europa y evolucionó con Europa, compartiendo una herencia común de lengua y religión. Sin embargo, al igual que otros territorios europeos, como Francia e Italia, España carecía de una imagen clara de su propia idiosincrasia e identidad y tardó en desarrollarla. En las primeras décadas del siglo XIX, los europeos se esforzaron en plantearse seriamente su identidad nacional y comenzaron a preguntarse quiénes eran, cuáles habían sido sus orígenes y de qué forma su historia pasada había contribuido a su idiosincrasia nacional. Fue la época en la que historiadores como Ranke y Burckhardt en Alemania y Macaulay, Gibbon y Acton en Inglaterra escribieron sus estudios clásicos. En España no se hizo ningún estudio serio de su pasado desde la *Historia* del jesuita Juan de Mariana (1600), un defecto que animó a Juan Valera, en el siglo XIX, a lamentarse de que «desde hace muchísimos años y sin duda desde que prevalece esta moda, en España se escribe poco de todo y menos de Historia. Las historias se escriben principalmente en Francia, Inglaterra, Alemania e Italia, naciones hoy más adelantadas y mentalmente más fecundas». Era una exageración, porque, en su propia generación, se habían dado pasos importantes

para subsanar este defecto, aunque es cierto que no se habían hecho demasiados esfuerzos para explicar el papel de España en el mundo.

Al parecer, la palabra «nación» siempre ha tenido una magia que obliga a aceptarla en los discursos referidos al pasado histórico. Según un experto en el tema, «no se puede encontrar ninguna “definición científica” de lo que es una nación y, sin embargo, el fenómeno ha existido y sigue existiendo»¹. El mismo autor afirma lo siguiente:

Una nación existe cuando una cantidad significativa de personas de una comunidad consideran que forman una nación o se comportan como si la formaran. No es necesario que toda la población se sienta así ni que se comporte así y no es posible determinar de forma dogmática el porcentaje mínimo de una población que se tiene que ver afectada de esta forma. Cuando un grupo significativo tiene esta creencia, posee «conciencia nacional».

Es posible que, por lo menos desde el siglo xv, hubiera suficientes personas, tanto a nivel de élite como a nivel popular, que compartían el sentimiento de pertenecer a algo llamado España. En aquella época, también había alemanes que sentían que pertenecían a Alemania e italianos que sentían que pertenecían a Italia. Sin embargo, ¿existían Alemania e Italia? ¿Existía España? La respuesta es un no rotundo.

De todos modos, había pueblos que se consideraban españoles. El mejor ejemplo que tenemos de españoles colaborando juntos se encuentra en la actividad militar. Basta un pequeño ejemplo. Durante las etapas finales de la campaña de diez años contra la Granada musulmana, un testigo italiano, Pedro Mártir de Anglería, manifestó en 1489 su admiración por el sentido de propósito común del Ejército cristiano:

¹ Hugh Seton-Watson, *Nations and States: an enquiry into the origins of nations and the politics of nationalism*, Westview Press, Londres, 1977.

¿Quién jamás creería que los astures, gallegos, vizcaínos, guipuzcoanos y los habitantes de los montes cántabros, en el interior de los Pirineos, más veloces que el viento, revoltosos, indómitos, porfiados, que siempre andan buscando discordias entre sí y que por la más leve causa como rabiosas fieras se matan entre sí en su propia tierra, pudieran mansamente ayuntarse en una misma formación? ¿Quién pensaría que pudieran jamás unirse los oretanos del reino de Toledo con los astutos y envidiosos andaluces? Sin embargo, unánimes, todos encerrados en un solo campamento, practican la milicia y obedecen las órdenes de los jefes y oficiales de tal manera que creerías fueron todos educados en la misma lengua y disciplina².

La colaboración entre los españoles y su importante dependencia de una lengua común, el castellano, establecieron un precedente importante para la posterior colaboración en guerras, exploraciones y asentamientos. Los españoles lucharon codo con codo por Granada y siguieron combatiendo juntos en Italia y, después, en el continente americano. Claro que, en Granada, podemos considerar que los defensores también eran españoles y la división de bandos no era del todo una cuestión religiosa, ya que los cristianos también contaban con el apoyo de sus propios aliados musulmanes. En síntesis, en la guerra de Granada lucharon españoles contra españoles.

No menos importante que la colaboración con otros españoles fue la colaboración con los no españoles. Las guerras de Granada se centraron por primera vez en la capacidad de España para reclutar aliados de todos los rincones del continente³. Entre los numerosos extranjeros figuraban voluntarios franceses, suizos e ingleses (véase el capítulo 16). Las fuerzas navales

² *Epistolario de Pedro Mártir*, estudio y traducción de José López de Toro, CODOIN, vol. IX, Madrid, 1953, pág. 123.

³ Eloy Benito Ruano, «La participación extranjera en la guerra de Granada», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 80, núm. 4, octubre-diciembre de 1977.

que patrullaban los mares para impedir la llegada de ayuda procedente de África estaban formadas por embarcaciones catalanas e italianas. De la artillería recién importada se encargaban los alemanes y los italianos. El dinero para pagar los gastos procedía no solo de Castilla, sino también de Aragón y del papado, a través de banqueros genoveses en Sevilla, que se ocupaban de las operaciones. La caída de Granada en 1492 fue el punto culminante de la historia militar de Castilla, aunque también fue posible gracias a la ayuda que recibió del resto de España y de Europa occidental.

Los caminos para conseguir una identidad española fueron difíciles y lentos. Fue un proceso largo. Solo en 1700, en vísperas de las reformas políticas de Felipe V, aunque los españoles tenían muchas cosas en común, no tenían la misma forma de vida, las mismas aspiraciones, la misma lengua, la misma cultura ni un gobierno común. Tendrían que pasar muchas generaciones para que se pudieran superar, como en Alemania, aquellas barreras que impedían la unidad. Hasta en los albores del siglo xx, Ortega y Gasset definió España más como una posibilidad que como un hecho. Resulta evidente que no estaba negando su existencia, pero le preocupaba que no estuviera adquiriendo la forma que él esperaba. La mayoría de los comentaristas posteriores se encontraron con el mismo problema. Podían ver y tocar España, pero nunca estaban seguros de en qué consistía y tuvieron que seguir reinventando la nación. Esto no nos concierne ahora. Es normal que los ciudadanos estén en desacuerdo con la definición de identidad nacional, porque puede haber muchos impedimentos en el camino, como la falta de unos valores políticos, una cultura o una lengua compartidos y, en general, la falta de un comportamiento y unas tradiciones comunes. En otras palabras, los ciudadanos de un país a menudo pueden ser el principal obstáculo para que surjan principios y objetivos acordados. A falta de valores compartidos, la propia gente puede bloquear, de hecho, el acuerdo sobre el carácter de la nación.

Esto puede conducir a una situación que no se resuelve fácilmente. En España, por ejemplo, los historiadores coinciden en que la aspiración de ser una nación comenzó en torno a 1808. Si un enemigo común puede ayudar a un pueblo a unirse para formar una nación, España tuvo una buena oportunidad para hacerlo cuando se enfrentó al ejército de ocupación francés que mantuvo en el trono a José Bonaparte. Los disturbios antifranceses que se produjeron en numerosas ciudades en 1808 parecían prometer que todos los españoles se unirían en torno a una causa común y crearían un nuevo futuro brillante, basado en la liberación del extranjero. Los disturbios del 2 de mayo se presentaron después como un alzamiento popular contra los franceses y como símbolo de una resistencia «nacional». En realidad, las principales víctimas de los revoltosos no fueron francesas, sino los españoles que eran partidarios del Gobierno y que fueron atacados y asesinados y cuyas propiedades fueron destruidas. Aquel fue el primer aspecto significativo del nuevo nacionalismo: la hostilidad hacia «los otros» españoles, que se identificaban con el nuevo enemigo. Este «nacionalismo» no logró producir una «nación» y se convirtió, más bien, en un estímulo para las divisiones políticas y el regionalismo. Así lo demostró con toda claridad el siglo siguiente. Juan Valera comentó en 1887 lo siguiente:

Dando al concepto de nación el valor que hoy tiene, no se puede decir que haya nación española hasta fines del siglo xv. Aún es más: si por nación hemos de entender un solo Estado con un solo organismo político, aún no hemos llegado a ser nación y tal vez nunca lo seamos.

LA NECESIDAD DE CREAR LEYENDAS

Es posible que los españoles, por consiguiente, tuvieran distintas percepciones de lo que era «España». La consecuencia era que también tenían diferencias con respecto a defender Es-

paña. ¿Cómo se puede defender algo que tal vez no existe? Algunos escritores pensaban que había que crear en la historia pasada un país imaginario, con virtudes imaginarias. Al principio, escribió un diputado de las Cortes de Cádiz de 1812, Agustín Argüelles, «los españoles fueron en tiempos de los godos una nación libre e independiente». Esto es pura ficción. España se visualizaba como un pueblo grande y fácil de reconocer, que se había desarrollado por completo en la Edad Media, pero que, a partir de 1516, cuando llegó al trono Carlos V de Habsburgo, fue arruinado por gobernantes extranjeros despoticos, de los cuales no se libró hasta el siglo XIX, cuando surgieron las fuerzas patrióticas de la nación recién liberada.

Uno de los diputados a las Cortes, Francisco Martínez Marina, publicó en 1813 su *Teoría de las Cortes*, en la cual explicaba, con plena confianza, que, desde el siglo XI, Castilla «comenzó a ser nación», una nación que figuraba entre «las más cultas y civilizadas de Europa», en la cual la monarquía era democrática, las Cortes funcionaban con libertad y el pueblo era libre. El momento de mayor gloria de la nación —según él— se alcanzó con Fernando e Isabel. Sin embargo, inmediatamente después llegaron monarcas extranjeros que arruinaron los recursos de España, agotaron su inmensa riqueza y desperdiciaron la sangre de sus hijos en campos de batalla en el extranjero. Durante trescientos años, desde que llegaron al trono los gobernantes extranjeros, las tradiciones democráticas de la nación se habían abolido, según se decía.

Los escritores de esa generación se dedicaron a inventar su propia visión de lo que significaba el pasado, invocando información ficticia acerca de unos orígenes medievales y un siglo XV glorioso. En los años siguientes, algunos de los que se habían visto obligados a exiliarse recibieron la influencia de modelos extranjeros y empezaron a producir lo que se dio en llamar «una historia romántica». La afición del Romanticismo a la historia medieval dio lugar a una escuela de narrativa que idealizaba todo lo relacionado con la época medieval y lo in-

corporaba a la herencia cultural del país. Una obra típica y muy influyente fue *Considérations sur les causes de la grandeur et décadence de la monarchie espagnole* (1826), publicada en París por Juan de Sempere y Guarinos. La «decadencia», es decir, el estado actual de la nación, era una prueba de que antes había habido un estado de «grandeza». Esta visión optimista/pesimista de España fue un invento deliberado de los intelectuales españoles. Para compensar los tonos oscuros de su historia, los escritores hacían hincapié en una versión romántica, que no estaba respaldada por ninguna investigación histórica.

Tal vez nos parezca extraño que los escritores insistieran en los aspectos negativos de su historia (véase el capítulo 18), pero era su manera de defender España. La crítica pesimista se puede encontrar en todo el espectro de los escritores españoles de la primera generación del siglo XIX. La visión negativa se expresaba, por ejemplo, en las obras de Mariano José de Larra, que creció en el exilio durante los años revolucionarios y después tuvo bastante éxito como periodista. No obstante, su mensaje era francamente pesimista. Se mofaba con amargura de todo aquello que ponía en ridículo al país y a su Gobierno ante los ojos del mundo. Tal vez ningún escritor antes que él haya puesto de relieve de forma tan implacable los defectos de España. La ruptura de una relación amorosa lo condujo al suicidio en 1837. «Larra se mató —dijo el poeta Antonio Machado un siglo después— porque no pudo encontrar la España que buscaba y cuando hubo perdido toda la esperanza de encontrarla».

Desde luego, Larra no era el único pesimista con respecto a España, sino que era un rasgo común en gran cantidad de intelectuales. En 1828, el exiliado Antonio Alcalá Galiano, que llegó a ser primer ministro de su país, fue elegido para ocupar la primera (y efímera, pues solo funcionó dos años) cátedra de Lengua Española de Inglaterra, en el University College de Londres. Alcalá Galiano habló en su discurso inaugural de la Inquisición, a la que acusó de haber coartado la libertad

de pensamiento y de haber aplastado toda iniciativa intelectual. Afirmó que en España no se había escrito historia desde mediados del siglo xvii, una época en la que el país cayó en una «oscuridad mental absoluta». Cabe destacar que quien presentó esta visión de un país condenado a más de dos siglos de oscuridad intelectual fue un liberal español y no un furibundo extranjero antiespañol. Los argumentos de Alcalá Galiano demostraban que los españoles tenían sus propios debates internos con respecto al pasado y el presente de su país y que eran muy capaces de inventar leyendas sobre sus defectos.

Un problema se hizo evidente: que era difícil construir una visión de España satisfactoria a partir de un conocimiento insuficiente de su pasado. El interés por la historia española no comenzó hasta la generación posterior a las guerras napoleónicas, cuando empezaron a aparecer estudios importantes sobre el país. Como consecuencia del interés internacional por la guerra peninsular, los extranjeros empezaron a interesarse de verdad por la cultura hispánica. El pionero (véase el capítulo 15) fue el estadounidense Washington Irving, cuya visita a España en 1815 lo inspiró tanto que se quedó en Europa diecisiete años. Aquellos años en España produjeron la primera biografía de Colón (1828, traducida al español en 1834) y la *Crónica de la conquista de Granada* (1829). Sin embargo, la obra histórica definitiva de aquella época fue la que escribió otro estadounidense, W. H. Prescott, cuya *History of the Reign of Ferdinand and Isabella* (en tres volúmenes, Boston, 1838) se publicó en español en Madrid en 1845: *Historia del reinado de los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel*. Cuando Francisco Martínez de la Rosa escribió, en la década de 1840, su *Bosquejo histórico de la política de España*⁴, las fuentes que citó para narrar la historia de su país fueron, además de

⁴ Disponible en la Biblioteca de Autores Españoles, *Bosquejo histórico de la política de España*, en *Obras de Don Francisco Martínez de la Rosa*, vol. 8, Madrid, 1962.

Prescott, un puñado de libros de otros estudiosos extranjeros, que incluían la biografía de Felipe II de Robert Watson (publicada por primera vez en inglés en 1777 y traducida al español varios años después); el estudio sobre España de Leopold von Ranke, que se había publicado en francés en París en 1839 y, por consiguiente, estaba al alcance de los lectores españoles, y la traducción al español (1846, con una traducción previa al francés de 1827) del magistral estudio de William Coxe sobre los Borbones en España (1815). No cabe duda de que la gran calidad de estos estudios —por ejemplo, Prescott y Coxe siguen siendo lecturas esenciales— ha influido en la forma en la que los españoles enfocaron el estudio de su pasado.

Les proporcionó impulso un estudioso destacado de aquella época, el francés Louis-Prosper Gachard, que trabajaba como archivero del recién creado reino de Bélgica. En 1834, Gachard se presentó en el castillo medieval de Simancas, a las afueras de Valladolid, donde se venían acumulando y llenando de polvo los archivos estatales desde el siglo XVI, cuando Felipe II ordenó su recopilación. Fue el primer investigador extranjero que trabajó en Simancas y con diligencia comenzó a organizar el copiado de centenares de documentos relacionados con la historia de Bélgica. Cuando los dignatarios de la Academia de la Historia de Madrid se enteraron de que alguien estaba haciendo algo tan impensable como consultar documentos históricos, enviaron a una persona para averiguar y descubrieron que el extranjero realmente estaba investigando en los documentos. Muy alarmados por esta novedad, mandaron a un equipo al archivo para localizar todos y cada uno de los documentos que Gachard copiaba. Aún hoy, el investigador puede seguir la trayectoria de la investigación, porque todos los documentos que Gachard usó llevan la anotación «Copiado para M. Gachard», de modo que los escribas de Madrid supieran qué trozo de papel había que volver a copiar. Esto molestó a Gachard y a la vez le causó gracia, pero, mientras tanto, consiguió reunir una amplia cosecha de documen-

tación original relacionada con la lucha de los Países Bajos para independizarse de España.

La obra publicada de Gachard, que presentó al público la gran época de España en tiempos de Felipe II, fue, sin duda, la mejor contribución que había hecho hasta entonces un historiador al pasado imperial español. Por suerte, también había españoles preocupados por estudiar su herencia. Finalmente llegó una versión nativa auténtica, producida por un escritor liberal y diputado de las Cortes, cuya obra empezó a aparecer en la década de 1850. Modesto Lafuente (1806–1866), hijo de un médico de la provincia de Palencia, no vivió nunca fuera de la Península. Se ordenó sacerdote cuando era joven, pero colgó los hábitos a los treinta años para sumergirse en el mundo de la escritura y en el de la política. Se casó en 1843, llegó a ser un escritor próspero de artículos para la prensa y en 1854 obtuvo un escaño en las Cortes.

Su aportación a la nueva historiografía española adoptó la forma de una *Historia de España* (1850–1867) en treinta volúmenes, considerada la historia más impresionante escrita en español por una sola persona, una obra que, después de un siglo y medio, sigue siendo valioso consultar y un placer leer y que no tardó en convertirse en un clásico. Lafuente realizó una meticulosa investigación documental en los archivos y trató de ser, al mismo tiempo, informativo e imparcial. Sus opiniones políticas estaban en el centro de la obra, que constituía la expresión más completa de la visión que tenían los liberales del pasado de su país. Hacía hincapié en la unidad política de España, en el papel de la Constitución y en el valor fundamental de la libertad como requisito imprescindible para la vida política. Es probable que el aspecto más llamativo de su visión de la España de principios de la Edad Moderna fuera su formulación del mito de una Castilla libre, cuyas libertades fueron debilitadas por las dinastías foráneas que sucedieron a Fernando e Isabel.

Gracias a Lafuente, los españoles pudieron conseguir una historia de su país bien documentada y, en apariencia, im-

parcial. Por primera vez desde la obra de Mariana, los españoles pudieron leer acerca del pasado con confianza y, sobre todo, pudieron comprender los factores que habían servido para crear la nación en la que vivían. «Durante la primera mitad del siglo XIX —nos recuerda Álvarez Junco—, fueron las élites liberales las que más se esforzaron en construir una mitología nacional española». La obra de Lafuente siguió siendo la historia clásica de España como mínimo hasta la década de 1890, cuando tuvo que competir con la publicación de *Historia de España*, una obra en varios volúmenes, dirigida por el estadista conservador Antonio Cánovas del Castillo.

NACE UNA LEYENDA NACIONALISTA

Cuando los estudiosos estaban dedicando tantos esfuerzos a producir historias que explicaran el pasado a partir de una investigación documentada, de improviso apareció una tendencia que rechazaba toda esta investigación y favorecía una perspectiva estrecha y conservadora. La nueva tendencia adoptó la forma de un mito sobre el pasado de España que denunciaba que las referencias críticas a los aspectos de su historia a lo largo de los cuatrocientos años previos habían sido motivadas por el odio a España y a los españoles. Poco tenía de original esta actitud, ya presente en diversas formas en los escritos de los españoles de generaciones anteriores. El mito se hizo público por primera vez en un breve ensayo polémico de doscientas páginas que el escritor Julián Juderías publicó en Madrid en 1914, en el que denunciaba la hostilidad de los extranjeros con respecto a España. Su título, *La leyenda negra y la verdad histórica*, reflejaba una reacción por parte de quienes veían la hostilidad extranjera contra su país después de la pérdida de los restos del Imperio español en la guerra hispano-estadounidense de 1898. Les daba la impresión de que todo el mundo había colaborado para que Estados Unidos ocupara las

últimas colonias españolas en el Caribe y en Filipinas. La expresión «leyenda negra» ya había sido usada por uno o dos autores para referirse a la opinión crítica extranjera, pero Juderías la aplicaba entonces a lo que consideraba una corriente permanente de opinión contraria a España.

Con respecto a esta publicación, uno de sus simpatizantes conservadores, Ramiro de Maeztu, opina lo siguiente en su *Defensa de la hispanidad* (1934):

Don Julián Juderías publicó la primera edición de *La leyenda negra* a principios de 1914, inspirado en un sentimiento puramente patriótico. Había llegado a la conclusión de que los prejuicios protestantes, primero, y revolucionarios, después, crearon y mantuvieron la leyenda de una «España inquisitorial, ignorante, fanática, incapaz de figurar entre los pueblos cultos, lo mismo ahora que antes, dispuesta siempre a las represiones violentas y enemiga del progreso y de las innovaciones», y, como este concepto ofendía su patriotismo, el señor Juderías escribió su obra.

El libro de Juderías, inspirado por un profundo victimismo, declaraba que la crítica que hacían los extranjeros del registro histórico español era constante, malintencionada y, sobre todo, falsa. Según él, el éxito admirable alcanzado por España en Europa y en América en el siglo XVI desencadenó una avalancha de propaganda celosa por parte de sus enemigos, que distorsionaba la verdad hasta convertirla en una «leyenda» hostil:

Por leyenda negra entendemos el ambiente creado por los relatos fantásticos que acerca de nuestra patria han visto la luz pública en todos los países, las descripciones grotescas que se han hecho siempre del carácter de los españoles como individuos y colectividad, la negación o por lo menos la ignorancia sistemática de cuanto es favorable y hermoso en las diversas manifestaciones de la cultura y del arte, las acusaciones que en todo

tiempo se han lanzado sobre España, fundándose para ello en hechos exagerados, mal interpretados o falsos en su totalidad.

En una palabra, entendemos por leyenda negra la leyenda de la España inquisitorial, ignorante, fanática, incapaz de figurar entre los pueblos cultos, lo mismo ahora que antes⁵.

El autor se dedicó a identificar y a recopilar las críticas y las referencias hostiles a España a lo largo de los siglos. Como durante toda su historia había estado España, por períodos breves, en guerra con otros países de Occidente, no le costó obtener lo que buscaba: unas imágenes previsibles de animosidad. Los historiadores no españoles aceptaron la presentación de Juderías, porque parecía una crítica justa a las versiones hostiles del imperialismo español del siglo XVI.

No obstante, lo que más impresiona de la presentación de Juderías es su ignorancia absoluta de la historia de España y de Europa. Sin basarse en pruebas objetivas de ningún tipo, lanzó una ferviente tesis xenófoba. Pasando por alto que los sentimientos antiespañoles de los que hablaba eran el fruto limitado de unas condiciones especiales —a saber: una época de guerra—, presentó las críticas a España como prejuicios permanentes, alimentados deliberadamente durante siglos, tanto en la guerra como en la paz. Sin embargo, ¿por qué iba a haber prejuicios? La leyenda antiespañola que decía haber descubierto se debía, en su opinión, a la envidia por lo que llamaba la «indiscutible superioridad» española, que provocaba la hostilidad de los extranjeros, que odiaban a España por ser una nación superior, mientras que ellos y, en particular, Inglaterra y Estados Unidos, eran naciones inferiores. Por consiguiente —decía—, «no era extraño que los españoles sintieran por su patria un entusiasmo y un orgullo que los hacía antipáticos a los demás pueblos».

⁵ Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1914, págs. 14-15.

El problema de fondo de esta interpretación era que, al reunir ejemplos escogidos de sentimiento antiespañol, producto, en su mayor parte, de la propaganda bélica de finales del siglo XVI, Juderías estaba inventando un fenómeno que no había existido nunca, hasta que él lo creó. Lo que él llamaba «leyenda» era simplemente una ficción. El argumento que presentaban, tanto él como los que compartían sus puntos de vista y que tuvieron gran influencia, sobre todo, durante los años del régimen franquista, no se limitaba solo a enumerar las críticas a España, sino que afirmaban, en concreto, que todas esas críticas eran injustificadas. «El entusiasmo y el orgullo» por la verdad —sostenía— exigían entonces una perspectiva del pasado totalmente diferente.

Tal perspectiva no requería hechos históricos y, de hecho, se dedicaba a distorsionar casi todos los aspectos del pasado de España. Los partidarios de la leyenda de Juderías —no pretendemos analizarla aquí— inventaron un universo alternativo, en el cual España jamás había perjudicado a sus musulmanes ni a sus judíos; había conquistado sin ayuda todo el continente americano, a cuya población nativa había protegido de la esclavitud, las enfermedades y la muerte; con su ejército había salvado a toda Europa de la amenaza protestante y de los turcos, y hasta había llevado la civilización a Asia. Cualquier otro panorama diferente del suyo había sido, en su opinión, difundido sobre todo por extranjeros y protestantes y era antiespañol. En lugar de limitarse a sugerir que había habido una corriente incesante de opiniones antiespañolas, Juderías ofrecía a sus lectores una leyenda totalmente diferente sobre toda la historia del mundo.

Ya se había criticado a las potencias imperiales en los siglos anteriores —siempre sería así—, pero sabemos que los críticos no estaban, en absoluto, obsesionados solo con España, porque también se habían quejado de otras naciones, sobre todo de Inglaterra, Francia, Alemania y Rusia. Sin tenerlo en cuenta, Juderías ahondó aún más en su leyenda imaginaria, acusando a

todas las demás naciones de cometer precisamente las mismas atrocidades de las que —según él— acusaban a España. La segunda mitad de su librito es una enumeración constante de los excesos cometidos por otros europeos contra España. En su opinión, en realidad España no cometió ningún exceso. Defendía el trato que dio a los judíos, por ejemplo, diciendo que otros países, como Inglaterra, habían tratado peor a sus minorías religiosas. Su propuesta sigue gozando de la aprobación de muchos que insisten en la existencia de una hispanofobia constante y que afirman que los historiadores profesionales —en especial, al parecer, los extranjeros— siguen distorsionando la verdad acerca del pasado del país. Los aficionados a esta propuesta siguen publicando aportaciones entusiastas y a veces estrambóticas sobre este tema⁶. El debate sobre la leyenda de Juderías incluso ha llegado a un punto en el cual ha pasado por todos los colores del arco iris y ha producido no solo una leyenda negra, sino también una blanca, una gris, una sonrosada y una rosa.

«LA CONSPIRACIÓN DEL MUNDO CONTRA ESPAÑA»

La derrota militar que en 1898 infligió Estados Unidos a España despertó las protestas de otro comentarista de los acontecimientos de aquella época, Miguel de Unamuno, que en 1918 escribió lo siguiente⁷:

El golpe de 1898 fue terrible, pero no sirvió para que despertase nuestro pueblo, sino para acrecentar su pesadilla. Aque-

⁶ La más estrambótica de todas es un curioso volumen publicado en Madrid en 2016, con el título *Imperiofobia y leyenda negra*. Véase la reseña de Edgar Straehle, «Historia y leyenda de la leyenda negra», *Nuestra Historia*, 8, 2019, págs. 113-137.

⁷ Miguel de Unamuno, *Desde el mirador de la guerra: colaboración al periodístico* La Nación de Buenos Aires, Centre de Recherches Hispaniques, París, 1970, pág. 452.

llo era el último acto de una conspiración del mundo entero contra España, a la que desde el siglo XVI se venía persiguiendo. La manía persecutoria colectiva, esa triste vesania colectiva que nos ha impedido ingresar de lleno en la sociedad de las democracias civiles, esa frenopática obsesión de que en dondequiera se nos desdeñaba y despreciaba, la sombría quisquillosidad y recelosa que ha sido nuestra tradición desde hace cuatro siglos, esto es lo que se ha cultivado más en España desde 1898 hasta hoy. No se nos ha hablado sino de nuestra leyenda negra, y hablando de ella hemos ido ennegreciéndola más aún y obstinándonos en no ver nuestras faltas.

Al atribuir a los extranjeros la responsabilidad de la supuesta «conspiración del mundo entero contra España desde el siglo XVI», Unamuno y Juderías expresaban una sensación profunda de victimización con respecto a una situación imaginaria que, según ellos, venía «desde hace cuatro siglos». Se pueden destacar dos cosas. En primer lugar, que «el mundo entero» no estaba en absoluto interesado en las «faltas» de España, porque, precisamente en el mismo año del comentario de Unamuno había otros problemas que preocupaban mucho más a los pueblos de Europa: las revoluciones (en Rusia y en Alemania), el colapso económico y el hambre (en todo el continente), la epidemia de gripe y sus terribles consecuencias y la muerte de numerosos millones por el salvajismo de una guerra mundial. Por decirlo de otra manera, las grandes cuestiones del momento no eran culpa de un solo país, sino que, en realidad, la suma del total de errores y de sufrimiento fue responsabilidad de todas las naciones que entraron en aquellos tremendos primeros años del siglo XX. Curiosamente, España destacaba por ser un país que no tuvo que enfrentar estos desafíos, porque no participó en la Primera Guerra Mundial. España no fue una víctima, aunque algunos de sus periodistas parecían pensar que lo era.

En segundo lugar, no se trataba fundamentalmente de que los extranjeros hubieran decidido conspirar contra España. En

realidad, los extranjeros no tenían ningún interés en atacar a España. Las principales voces de aquel debate eran españolas y comentaban cuestiones relacionadas con su propio país. Juderías reconocía que la «culpa principalísima de la formación de la leyenda negra la tenemos nosotros mismos». De hecho, el debate persiste aún solo entre los españoles, que, al parecer, son los únicos que se ocupan de él. Se trata, simplemente, de la sensación de victimización. Manuel Azaña afirmaba: «Llegábamos a creer que todos los pueblos de la tierra se habían conjurado contra nosotros y éramos víctimas de una injusticia atroz». Resulta significativo que la principal preocupación de Juderías, al principio mismo de su obra, fuese «el desfavorable concepto de que gozamos en el mundo». Tenía la impresión —eso era fruto de su propia imaginación— de que a los españoles no los querían. Desde entonces, un grupo reducido de escritores, inspirados por la misma perspectiva nacionalista, siguen produciendo libros todos los años con el argumento apasionado de que el mundo exterior odia a España. La llamada «leyenda negra» fue creada por ellos, que son los que la mantienen viva.

¿En qué medida «el mundo» en su totalidad tenía «un concepto desfavorable» de España? Resulta evidente que la idea es absurda, porque siempre hubo gran cantidad de opinión «favorable» a España. Juderías lo sabía y, de hecho, menciona una larga lista de escritores extranjeros que alababan a España. Entonces, ¿por qué tanto él como los demás solo se fijaban en los aspectos «desfavorables»? El motivo, según lo ha expuesto recientemente Jesús Villanueva, era que los acontecimientos políticos de finales del siglo XIX y principios del XX alentaron a un sector de escritores españoles a adoptar una perspectiva determinada con respecto a la historia de su país. Echaron la culpa a la opinión extranjera, aunque en realidad fueron ellos mismos los que crearon el concepto de una leyenda negra⁸.

⁸ Jesús Villanueva, *Leyenda negra. Una polémica nacionalista en la España del siglo XX*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2011.

Sus actitudes y sus opiniones, que avivaban algunos aspectos de dicha leyenda, realmente han influido en las ideas de los españoles conservadores y nacionalistas hasta el día de hoy. Las actitudes sirvieron, sobre todo, para reforzar la identidad que algunos españoles querían tener, es decir, una postura firme de defensa contra la posibilidad de cualquier crítica externa.

En síntesis, Villanueva viene a decir lo siguiente:

En los primeros años del siglo xx, algunos publicistas e intelectuales españoles elaboraron una idea que tendría enorme repercusión: que España había sido objeto, desde el siglo xvi, de una campaña de acusaciones y desprestigio por parte de los demás países de Europa, tomando como pretexto el despotismo de Felipe II, los procedimientos de la Inquisición o los crímenes de la conquista de América. La refutación de esta supuesta leyenda negra se convirtió en un poderoso motivo propagandístico de las corrientes del nacionalismo español y de los regímenes de Primo de Rivera y Franco en su propósito por defenderse de las críticas exteriores, pero suscitó también respuestas críticas por parte de destacados intelectuales, que vieron en la idea de la leyenda negra un caso de «manía persecutoria» y de encubrimiento político.

La estrechez de perspectiva que desembocó en la idea de una leyenda negra surgió —así lo demuestra el libro de Jude-rías— de una intensa ideología nacionalista, que consideraba toda la Historia en términos tribales. Los acontecimientos y los logros del pasado se describían como éxitos alcanzados exclusivamente por el esfuerzo de una tribu determinada, con sus tradiciones, su lengua y sus rituales. Se dejaban de lado valores más universales, ajenos a la tribu, y por lo general se adoptaban horizontes etnocéntricos. Hace poco se ha sugerido que este tipo de tribalismo étnico tiene cuatro dimensiones principales: espacial, social, espiritual y experiencial. La dimensión espacial conecta a las tribus con la tierra, es decir, con su origen geográfico. La dimensión social tiene que ver con los elemen-

tos de cohesión que aglutinan la aldea o las unidades mayores, como una nación. La dimensión espiritual se refiere a las ideas y los rituales de las personas en lo religioso. La dimensión experiencial es compartir la cultura y las tradiciones.

Estas cuatro dimensiones, cuando se permite su desarrollo, por lo general conducen a una sociedad más allá de la etapa primitiva de la tribu y la ayudan a evolucionar hasta llegar a ser una civilización compartida y madura. En cambio, los protagonistas de la idea de la leyenda negra insisten en conservar el sistema de valores de la sociedad tribal. El punto de referencia de su dimensión espacial es la tierra de origen de la tribu, más que el horizonte al que se aspira. En este caso, los logros y los valores del pasado se atribuyen a la entidad espacial («España»), que se considera la única realidad relevante, la única que ha existido a lo largo del tiempo y que es responsable de todos sus logros. Asimismo, la dimensión social, la espiritual y la experiencial se definen exclusivamente en función de la tribu y de sus logros.

Este libro, por el contrario, pretende mirar más allá de la tribu y de sus límites y espera explorar las dimensiones complejas de lo que ocurrió en el pasado y el papel de quienes defendieron la evolución de España hasta convertirse en una nación creada por el esfuerzo conjunto de todos los que participaron en la aventura.